

Libertad

No conozco a nadie que disfrute el vivir con una enfermedad, pero sí conozco a muchos que fingen un malestar para no cumplir con sus deberes. No conozco a quien finja vivir con VIH o Sida, conozco a mujeres y hombres que viven y conviven con la infección.

Yancy Castillo Jiménez



Ella... Rosa, tiene cabello negro, ojos aguileños con pestañas muy pobladas que le dan a sus ojos un delineado negro natural permanente, cejas muy pobladas, una nariz perfilada y unos dientes perfectamente blancos, que deja ver cuando sonríe con timidez.

Rosa habló de lo difícil que fue ser mamá los 15 años, cuando su madre le dijo que le había conseguido un señor para vivir y pese a no querer, obedeció. Pronto se embarazó. Dice que solo hasta el día en que su hija nació fue que se enteró por donde nacería: “hasta el último día pensé que mi hija nacería de un vomito”, se ríe:

dibujándose en su rostro líneas de expresión prematuras a sus 38 años de edad.

Tuvo su segundo hijo mientras trabajaba en una casa de familia. Allí, sus patrones le enseñaron a planificar. Por ello, su primer esposo la dejó: ¡por no parir más! Luego conoció el amor de su vida y tuvo a su tercer hijo, al que desaparecieron ellos, los grupos al margen de la ley, que circulan en la zona, cuando el pequeño solo tenía 10 años. Lo dice mirando a lo lejos, con lágrimas en los ojos y un suspiro profundo. Se lo llevaron y no volvió a saber de él.



Tuvo dos hijos más para un total de cinco. Sobreviven 3 hijas. Su segundo esposo, fue su único amor y la abandonó.

“Después de la ida de mi esposo, tuvimos un desplazamiento, hemos tenido varios, pero este nos sacó por mucho tiempo de nuestra tierra, y nos tocó vivir en la ciudad, ¡ahhh eso de vivir en la ciudad es muy duro, imagínese, yo, sin saber leer ni escribir, pero yo sé trabajar, a lo torpe, pero sé!”

No fuimos para la ciudad, intenté darles otra vida a mis hijas. Estuvimos en un albergue, allí me di a conocer por trabajadora, organizaba, limpiaba, en fin... fue así como un abogado me vio y me contrató para trabajar en su casa. Luego

me dijo que si me iba para Bogotá, pero la ciudad es muy dura y me sentía cansada.

Decidí salir con mis hijas a otra vereda. No pude con el estrés de la ciudad. El pelo se me caía, me sentí ciega, quedé en coma por dos meses.

Cuando desperté, el médico me dijo: Usted tiene VIH, ¿usted ha escuchado hablar de eso?” Sí doctor, respondió. “Allí se cerró el mundo. De todas las violencias que he vivido esta es la que más me ha dolido”. No puede contener el llanto.

Se acerca a una mesa de la cual toma hilo verde para bordar, una base para sostener un pedazo de tela y realiza unas puntadas en zigzag. La observo y entien-

do que ha dado por terminado nuestra conversación. Toma hilos de otros colores, realiza muchas puntadas. Continúo observándola.

Casi una hora y media después dijo: “hace 8, ya casi 9 años, 8 hombres me violaron. Me fui a trabajar a una mina, a 9 horas de camino, 2 horas en carro. Iba a ganar mucha plata, quería conseguir una casa. Me iban a pagar 3 millones mensuales. Para mí eso era mucho, era lo que ganaba un abogado”; dice elevando su tono de voz y abriendo sus ojos. “Trabajé 4 meses en los que solo pedí parte del dinero para enviarles a mis hijas, los 10 millones restantes los pedí para marcharme, ya con eso compraría un rancho... ¡vivir en arriendo es muy verraco!”

Al cobrar el dinero, esa gente me dijo: “Aquí el que trabaja y ahorra tanto, no se le puede pagar ese montón de plata” le dieron un millón de pesos y le pidieron que se fuera antes que se hiciera de noche.

Sabía que estaba lejos, Rosa salió lo más rápido posible. “En el camino 8 hombres que también se estuvieron conmigo trabajando en la mina me salieron al paso. Me violaron”. Continúa bordando, “usted no sabe lo que significa eso, ocho personas, con las que usted ha trabajado, ocho... ¡jamás volví a tener relaciones, ni quisiera pensar en eso, jamás! Lo dice abriendo sus ojos.

Otro momento...

Soy consciente de la vida que vivo. No me puedo sentir culpable por trabajar y querer salir adelante, por haber sido violada y ahora infectada pero así, trabajo de manera independiente en lo que puedo, labores del campo, ventas ambulantes, aseo de viviendas. Me he dado a conocer como líder en mi vereda, logramos con la comunidad que nos llevaran

un profesor a la escuela, organizamos el acueducto comunitario y que el centro de salud visite las familias de la zona para los controles de salud.

...Continúa bordando...

A mis hijas les hicieron la prueba de VIH, están sanas. En el pueblo donde vivo debo pedir permiso a *ellos*, a los grupos al margen de la ley que circulan en la zona, para salir e ir a mis tratamientos. Mi historia clínica dice que tengo una enfermedad hereditaria. Nadie en el pueblo y mucho menos *ellos* pueden saber que vivo con la infección por que eso es una sentencia a muerte, es una sentencia de muerte adelantada, dice con una sonrisa.

Hace un punto cruzado, gira dos veces la aguja y el hijo y lo corta. Bordó la palabra “libertad”.

El relato fue realizado en el proyecto Colcha de Relatos que hizo parte de las actividades del *IV Foro: Mujeres lideresas construyendo paz. ¿Las Mujeres y el VIH en el pos acuerdo qué?* Liderado por la Asociación Lila Mujer y apoyado por el Centro de Estudios Afrodiaspóricos CEAF de la Universidad ICESI. La Colcha de Relatos es un proyecto de El Costurero (www.icesi.edu.co/elcosturero) asociado al Programa de Estudios de Género de la Universidad Icesi.

— Yancy Castillo Jiménez

Estudiante de la Maestría en Culturas Audiovisuales de la Universidad del Valle. Comunicadora social de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), especialista en Gerencia Social de la Corporación Universitaria Minuto de Dios de Bogotá y Becaria del Departamento de Estado del Gobierno de los Estados Unidos. En la actualidad, coordinadora de comunicaciones del Centro de Estudios Afrodiaspóricos de la Universidad ICESI.